

LAS PERLAS SON PRODUCTO DEL DOLOR

Introducción. Me encontré con un texto que hablaba de cómo se forman las perlas. Las perlas son producto del dolor; resultado de la lastimosa entrada de un elemento indeseable y extraño en el interior de la ostra, como un parásito o un grano de arena. En la parte interna de la ostra se encuentra una sustancia lustrosa, que comienza a cubrir este cuerpo extraño con capas, capas y más capas de nácar para proteger la ostra. Como resultado, con los años, se va formando una fina perla. Una ostra que no ha sido herida y lesionada, no puede producir perlas, porque la perla es una herida transformada. La muerte y resurrección de Jesús nos capacitan para transformar nuestras heridas en fuente de paz y de reconciliación. ¿Será por eso que cuando Jesús hablaba del Reino de los Cielos hizo referencia a una perla preciosa? **«El reinado de Dios se parece a un mercader en busca de perlas finas: al descubrir una de gran valor, va, vende todas sus posesiones y la compra».** (Mt 13,45-46).

Los demás, las dificultades de la vida, las circunstancias, los malos entendidos, nuestros límites nos hieren a veces de forma voluntaria, a veces involuntariamente, pero nosotros podemos ser los artífices de convertir el dolor en una perla preciosa. Los sufrimientos que hemos vivido en este tiempo de pandemia, nos están dando la oportunidad de crear una bella perla. Así como las heridas son oportunidades para aumentar nuestra capacidad de empatía, perdón y compasión. Las perlas de la vida se producen por una herida que se supo cubrir con el perdón, con la misericordia. Sino se convierten en cicatrices necrosadas llenas de rencor y de rabia.

Gracias, Señor Jesús, porque los clavos y lanza que traspasaron tus manos y costado, como signos de venganza e injusticia de tus enemigos, tú los supiste transformar en fuentes de paz y salvación para todos nosotros. Gracias, porque por tus llagas hemos sido curados, pero también somos curados cuando a través del perdón y la comprensión, transformamos las heridas que los demás nos ocasionan, en una perla preciosa. No podemos impedir que los demás nos lastimen, pero tenemos la capacidad de curar esas heridas con nácar, para producir una perla.

Lo que Dios nos dice. Cuando Jesús resucitó de entre los muertos, lo primero que mostró a sus discípulos fueron esas mismas llagas y les dijo:

«Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice: Paz con vosotros. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús repitió: Paz con vosotros. Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros. Dicho esto, sopló sobre ellos y añadió: Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los mantengáis les quedan mantenidos». (Jn 20,19-23).

Ya no brotaba sangre, sino que esas mismas llagas eran fuente de paz y de salud para todos los hombres. Por eso, había exclamado Isaías, el profeta mesiánico: **«Por sus llagas hemos sido curados»** (Is 53,5). Jesús es el que nos enseña a curar las heridas para que se vuelvan perlas.

«Entonces Yahvé dijo así: Si te vuelves porque yo te haga volver, estarás en mi presencia; y si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca. Que ellos se vuelvan a ti, y no tu a ellos» (Jr 15,19).

Por eso, solo hablamos adecuadamente de Dios cuando nuestras palabras son palabras que sanan y salvan, eso significa ser como **«su boca»**. La palabra que estamos llamados a compartir por encargo de Jesús es una palabra que define nuestro ser interior. Compartimos lo que nos habita. **«De lo que está lleno el corazón, habla la boca»**. Es una palabra que salva comunicando conocimiento, reconociendo la sanación y curación que hemos vivido nosotros, el proceso de convertir en perlas todas las heridas. Nuestras palabras siempre producen un efecto en las personas. Cuando criticamos u ofendemos a alguien, herimos. Cuando animamos, sus rostros se iluminan. Cuando humillamos con palabras, herimos. Para esto se necesita la palabra de aquel amigo de Jesús que interpreta los diferentes acontecimientos desde la fe. Se necesita también para ello el ojo interior, que ve más hondo y no queda en las apariencias, sino que comprende la acción de Dios. El lenguaje de Jesús es un lenguaje cálido: un lenguaje que toca los corazones de los hombres. Así debe ser el nuestro.

Cómo podemos vivirlo. No busques lo que has perdido, valora lo que posees. Más que sufrir por lo que no has logrado, haz un inventario de lo que tienes y eres. El presente es lo único que está en tus manos. El mañana aún no existe. Por lo tanto, no vale la pena preocuparse por él. La Palabra de Dios responde y acompaña nuestras aspiraciones y profundos deseos de lo más íntimo de nuestro ser. Nuestras palabras buscan defender y guardar el misterio del ser humano y de su alma.